

Capítulo VIII

La serpiente

MEDIA tarde pasada, Catalina de Cardona y Jerónimo Ruiz tomaron los caballos que preparados tenía Pedro Fañez, y seguidos por éste se perdieron en las hermosas arboledas de las propiedades de la condesa, dirigiéndose á las ruinas.

Grande fué su sorpresa al no encontrar allí á Alvar Ponce. Fañez juró y perjuró haberle citado y obtenido de él la promesa de que concurriría; apoyado en sus aseveraciones, Jerónimo Ruiz trató de defenderse de los cargos que le hizo Catalina, que no ocultó sus temores de haber sido engañada.

Jerónimo Ruiz le propuso esperar á Alvar Ponce, creyendo que más ó menos tarde acudiría á la cita, y la joven, que no deseaba otra cosa sino que aquella entrevista se celebrase, aceptó; y dejando los caballos al cuida-

do de Pedro Fañez, seguida por Jerónimo Ruiz, subió á la gran azotea del antiguo palacio tezcocano, y allí se ensimismó admirando el magnífico panorama que á su vista se desarrollaba.

Pero la espera fué inútil.

El sol comenzó á declinar, tiñendo de transparente tinte carminado la gran faja de cielo de Occidente, y el crepúsculo comenzó á anunciarse con su vaga y dulcísima claridad.

Alvar Ponce no parecía.

Sin ocultar su disgusto, Catalina expresó su deseo de regresar á la casa.

Jerónimo Ruiz le suplicó le concediese un momento para hablar con ella.

Esta súplica fué la que al final del anterior capítulo llegó á oídos de Isabel y de Juan Ponce.

—Partamos, — volvió á decir Catalina; — la noche no tardará en llegar, y si algo tenéis que decirme, en el salón de la condesa prometo concederos toda la atención que el asunto exija.

—No, allí no, — replicó Jerónimo Ruiz; — necesito hablaros sin testigos y allí me faltará libertad para ello.

—No sé por qué.

—Las visitas de esos molestos huéspedes...

—¿Molestos decís? En verdad, Jerónimo Ruiz, no ha dejado de llamarme la atención que desde que el matrimonio Silva y su hermosa amiga Isabel han llegado á casa de mi madre, vos no habéis vuelto á aparecer por ella. ¿Podríais explicarme?...

—No sólo lo puedo, sino que lo deseo: por eso os suplico me concedáis nada más que el tiempo indispensable para explicaros mi conducta, antes que una circuns-

tancia imprevista vaya á enteraros de lo que por mí antes que nadie debéis saber.

—Creo, Jerónimo Ruiz, que vais logrando despertar mi interés. Quizá esa hermosa joven...

—Hace algunos años que la conzco, —replicó resueltamente Jerónimo Ruiz.

—Y sin embargo ¿huís de ella?

—No huyo, Catalina; no tengo por qué huir de nadie, y sólo trato de evitar su presencia.

—¿Os disgusta, según eso, la presencia de una hermosa mujer?

—¿Cómo me lo preguntáis, si es mi mayor felicidad encontrarme en la vuestra, mi idolatrada Catalina?

—¡Ola! señor Jerónimo Ruiz!—observó la joven riendo con cierta marcada intención;—¿me galanteáis?

—¿Puedo hacer otra cosa amándoos como os amo?

¿Acaso os cabe duda de ello?

¿Quizás os han hecho dudar de mi amor, y por eso con tono sarcástico me habláis, acompañando vuestras palabras con irónica sonrisa, que hiela la sangre en mis venas?

Catalina volvió á reir y dijo:

—¡Jesucristo! amigo mío : ¿cuánta cosa mala habéis notado en las más inocentes palabras que sin duda he pronunciado en mi vida?

¡Sarcasmo! ¡ironía!

¡Jesucristo!

¡Conspiraciones! ¡intrigas! ¡conjuraciones contra vos!

Amigo mío, preciso es que sea muy importante lo que vais á decirme, ó que vuestra conciencia no esté ciertamente muy tranquila.

Vaya, Jerónimo Ruiz; convenid conmigo en que los

señores de la córte, como vos, pierden toda su ciencia cuando de la córte salen, y resbalan y caen como un doctriño en presencia de una mujer tan natural y sencilla como yo.

Tal vez suponéis que como los campesinos entre los cuales vivimos somos suspicaces y desconfiados, y por no dejaros enredar por nuestra rústica mala intención, perdéis el reposo, y os sucede, como os ha sucedido en este caso, que dais por descubierto un secreto cuya existencia no presumía yo.

Si; vuestro secreto ya no lo es para mí; amáis ó habéis amado á esa hermosísima amiga de los Silva.

—¿Os juro!...

—¡Oh! no os asustéis; no voy por eso á retiraros una correspondencia que aun no os he concedido.

Os lo he dicho y repetido muchas veces.

No os amo todavía; ni siquiera sé si os amaré.

No temáis, por lo tanto, hacerme desgraciada descubriéndome el secreto de vuestro pasión por esa adorable joven.

Al contrario, si en efecto la amáis, os felicitaré por ello de todo corazón, pues me ha sido, os lo juro, en extremo simpática : y si en vos ha de encontrar su felicidad, placer inmenso tendré en cederle vuestra adoración y aun solicitar de ambos el alto honor de amadrinar vuestra boda.

Catalina concluyó soltando una franca y regocijada carcajada:

Jerónimo Ruiz se puso livido de coraje y despecho.

—Catalina, sois conmigo en extremo cruel y despiadada.

Decís que nada sabéis del secreto que deseo revelaros;

puede ser; y sin embargo vuestra acerada ironía justifica mi temor.

Esa joven, faltándoos á vos, faltándose á sí misma, os ha dicho...

—Nada me ha dicho, Jerónimo Ruiz : os lo repito, y me extraña y apesadumbra que tratándose de una mujer hermosa, á quien amáis ó habéis amado, de ella os expliquéis con tan poca atención.

Si, con tan poca atención; lo repito, y disculpad mi ruda franqueza : sin querer ofenderos, defiendo á mi sexo.

Si algún género de relaciones habéis tenido con esa joven, y esa joven sabe las que conmigo pretendéis tener, sin conocerla casi, casi sin haberla tratado, puedo responderos de que, cualquiera que sea el interés que vuestro amor haya de tener para ella, jamás me hablará de vos ni contra vos en favor suyo.

Esa joven es, como á toda mujer corresponde serlo, digna y altiva.

Y ahora comprendo la causa del velo de profunda tristeza y melancolía que, idealizándolas, se extiende sobre sus bellísimas facciones.

Padece, sin duda, y padece por vos.

¡Ah! Jerónimo Ruiz; la imprudente revelación que me habéis hecho no es la mejor garantía que vuestras esperanzas de vencer mi frialdad han de conseguir.

¿Con que vos también sabéis hacer mujeres desgraciadas?

—Catalina,—observó Jerónimo Ruiz con desaliento y desesperación;—yo os lo ruego; no me condenéis sin oirme.

Dad reposo á vuestra exaltada imaginación.

No existe nada de lo que suponéis.

Ni esa joven me ama, ni yo la amo á ella, ni jamás nos hemos amado ninguno de los dos.

Por lo que á mí hace, puedo deciros que hasta conoceros á vos á nadie he amado en mi vida.

Catalina volvió á reír con fino sarcasmo, y preguntó:

—¿Cuántos años tenéis?

—¡Treinta!—contestó Jerónimo.

—¿Y no habéis amado á nadie antes de conocerme?

—A nadie : os lo juro por lo que de más sagrado pueda existir para mí.

—Tan solemne juramento debe convencerme, y sin embargo...

—Decid.

—Me parece asombroso, extraordinario, increíble, que un hombre de vuestra nobleza, de vuestra educación, de vuestras prendas personales, no haya conseguido llamar la atención de una joven como tantas hay en la corte, de iguales nobleza, educación y buenas prendas.

No conozco la corte, pero he oído hablar tanto de ella que sé que esas jóvenes tan perfectas como yo las imagino, las hay allí á montones.

Si, á lo que yo he podido juzgar, esa joven...

—Esa joven no pertenece ni ha pertenecido jamás á la corte.

—Ya : sin duda, y á pesar de su nobleza y distinguidas maneras, que, os lo repito, me han encantado, pertenece á una clase humilde.

—Muy humilde,—se apresuró á decir Jerónimo Ruiz.

—¡Ah! sí, y por eso no la juzgáis digna de un tan noble caballero como vos.

—Catalina,—repuso Jerónimo, cada vez más desconcertado; —por Dios os lo ruego; suprimid esa ironía con que habláis y que penetra como acerada hoja hasta el fondo de mi corazón, lleno de vuestro amor, que jamás conseguiréis hacer salir de él.

Permitidme hablar.

Dejadme hablarlos sin interrumpirme; y después dictad vuestro fallo, que, os lo digo, ha de serme por completo favorable.

Aun cuando yo poseyese todas esas prendas y cualidades que bondadosamente me concedéis; aun cuando sea cierto que esas bellezas á que aludís abundan en la corte en que he vivido, no por eso debe ni puede sacarse, por consecuencia, que yo haya necesariamente amado.

El amor es algo más serio, más sublime, más grande que esas galantes aventuras, que al paso salen en la sociedad, lo mismo á la mujer que al hombre.

En la corte esas aventuras han llegado á ser tan comunes y ordinarias, que el haberlas tenido en nada perjudican al buen honor y fama de un caballero.

Yo no he sido una excepción.

Ridícula pretensión sería en mí querer convencerlos de que he sido un ángel de candor é inocencia inverosímiles.

Yo también he tenido mis aventuras.

Pero, lo repito; esas aventuras no son el amor.

El amor es algo más sublime y grande : es, no un capricho que sonríe y sonriendo pasa : el amor es la preocupación que embriaga por entero mi ánimo, y hasta me hace caer en la ridiculez de sentirme celoso de un salvaje como ese Alvar Ponce de León.

—Os prohibo hacer referencia alguna á esos infelices Ponce, y menos aún expresaros mal de ellos.

—Perdonadme, Catalina; casi no soy dueño de mí mismo.

Vuestras sospechas me han lastimado el corazón.

La presencia casi inexplicable de esa joven en estos lugares me prueba que su intención es matar mi felicidad, vengando los perjuicios que, sin la menor intención de causárselos, hice tal vez á la suya.

Dijisteis antes que os parecía increíble que ninguna mujer se haya apasionado de mí.

En efecto, y no lo toméis á vanidad, he tenido esa desgracia.

—¿Desgracia la llamáis?

—Desgracia, sí; porque sin pretenderlo he causado, lo repito, la de esa joven que hospedáis.

—Luego, entonces, ¿esa joven os ama?

—Permitidme continuar; no me interrumpáis, os lo suplico.

—Decid.

—Escuchadme.

En los ojos de Jerónimo Ruíz brilló algo como la alegría de quien de súbito ha encontrado una salida inesperada.

Después prosiguió diciendo:

—Hará de esto... sí... eso es... unos dos años.

Asuntos relacionados con mis intereses particulares me llevaron á Sevilla, y en ella tuve á la vez la fortuna y la desgracia de que me hospedase en su casa un mi antiguo amigo y camarada llamado Bernardo de Carvajal.

—Pariente de esa joven, según creo,—observó Isabel.

Jerónimo sonrió con malicia y contestó:

—¿Pariente? ¡Ah! sí, eso es.

De su casa era señora, ornato y joya principal esa joven, cuya belleza, aunque no á la vuestra comparable, traía á mal traer y de ella perdidamente enamorados á cuantos mozos y aun hombres maduros viven en aquella poética ciudad, asiento de tan poéticos como prontamente olvidados amores.

Mi estancia en la ciudad, viniendo de la córte, para nadie pasó inadvertida, y menos que para nadie para la hermosa parienta de mi amigo.

Mentiría si os dijese que no me sorprendió, como era natural me sorprendiese, la angelical hermosura de la joven, casi una niña, pues su edad era, poco más ó menos, casi la misma que la vuestra.

—Y vuestra sorpresa se tradujo, como era consiguiente...

—En nada, Catalina, en nada; puedo jurároslo, y voy á deciros por qué.

Jerónimo Ruiz se detuvo contra lo que era de esperarse, dándose algún tiempo para mejor combinar los detalles de la atroz calumnia que iba á verter de sus labios.

Capítulo IX

La Calumnia

JERÓNIMO Ruiz continuó hablando de la siguiente manera:—Pronto eché de ver la singular predilección con que aquella joven me colmaba de atenciones.

Pude en un principio suponer que, al proceder así, cumplía con instrucciones de Bernardo de Carvajal, deseoso de hacerme grata mi permanencia en su casa, hermosa quinta de recreo cuyos jardines descendían en suave y florida pendiente hasta el nivel de las tranquilas aguas del majestuoso Guadalquivir.

A tan delicada conducta correspondí con mis demostraciones de gratitud, tan expresivas como en mi deber estaba hacerlas, máxime tratándose de una tan bella joven y galante dama.

Mal entendidas mis demostraciones ó quizás por efec-

to mismo de esa facilidad con que un sér enamorado se halla propenso á creer la más inocente atención, prueba del cariño de otro sér á quien ama, la joven se confesó al fin prendada de mí.

Aquella declaración me sumió en un piélagó de confusiones.

¿Cómo á fuer de caballero podría yo decir á la enamorada joven que ninguna pasión me inspiraba con que pudiese corresponder á la suya?

Siempre he creído que un caballero galante y digno de ser tenido por tal, jamás y en ninguna ocasión debe mortificar el amor propio de una mujer, demostrándole que no la ama si ella de él ha llegado á prendarse.

No maté, por lo tanto, sus ilusiones, y sin soltar prenda que comprometerme pudiese, simulé corresponder á sus afectos, esperando y aun solicitando con empeño una ocasión, un pretexto, para retirarme sin ofender á la joven.

Hizo la fatalidad que mis negocios é intereses privados, en vez de haber tenido el pronto y fácil arreglo que yo esperaba, se enredasen á tal grado que casi me ví reducido á la más extrema pobreza.

Mi amigo Bernardo de Carvajal me exigió, y logró de mí que se lo prometiese, no salir de Sevilla mientras no hubiese vencido las dificultades que se me presentaban.

Acepté su franco ofrecimiento, porque la verdad es que en la ruina en que me ví, mi vuelta á la córte era imposible, no quedándome otro recurso que el de elegir entre estos dos medios: ó la amistosa protección de Carvajal, ó el criminal extremo de quitarme á mí mismo la vida.

Quizás adivinaba yo que la condesa vuestra madre

me llamaría y que en vos conocería á la más hermosa mujer de la tierra, por que fuí cobarde y elegí el primero de ambos extremos.

Así transcurrió mucho más de un año, que lo fué de inquietud y compromisos indecibles para mí, pues por una parte, el pleito que hube de sostener en defensa de mis intereses, llegué á tenerle casi perdido, y por otra, mi desgracia acreció la pasión de la joven, al grado de hacerseme molesta.

Buscando el modo de evitar los compromisos que esa pasión, que yo no alimentaba, me traía diariamente, resolví salir de Sevilla á cualquier costa, explicando con franqueza á Bernardo de Carvajal las razones que para ello tenía.

Formada mi resolución busqué á Carvajal, orillé con gran sobresalto y temor la conversación, y con gran sorpresa y sin igual contento mio, mi amigo me descubrió que amaba á la joven y que alimentaba el proyecto de hacerla más ó menos tarde su esposa.

Al saberlo respiré como el que próximo á ahogarse es sacado del fondo de las aguas y devuelto al aire sano, libre y abundante.

Ya no insistí en mi primera idea de salir de Sevilla abandonando cuanto poseía, y nada dije á Carvajal respecto de la pasión de la joven por mí, descubrimiento que habríale hecho desgraciado, pues Bernardo la amaba con secreta pero imponderable idolatría.

A partir de aquel instante ya no volví á ocuparme de huir de la joven, y muy al contrario yo mismo la busqué para tener con ella una explicación.

En esa ocasión le ponderé los servicios y favores tan importantes que á Bernardo de Carvajal debía, y le juré

y le perjuré que antes me darían muerte que faltar á la gratitud que á mi amigo debía.

Preguntóme ella qué tenía que ver en aquel caso mi gratitud, y yo le respondí que mucho, pues de saber acababa que Bernardo la quería con entusiasmo y de ella pensaba hacer su esposa.

En este caso,—añadí,—aunque vuestro amor fuera para mí la única felicidad que yo pueda esperar en este mundo, la sacrificaría á mi gratitud y á la seguridad que tengo de que sois para él, único bien de su existencia, y de que de vos depende hasta la salvación de su alma.

Hízome ella observar que su felicidad consistía en lo contrario que Carvajal meditaba, pues su corazón no se sentía inclinado á corresponderle.

Repliqué yo que eso no me correspondía á mí apreciarlo, pues mi obligación era la de no estorbar, bajo ningún pretexto, la dicha de mi amigo.

Aferrado yo en no despreciar aquella favorable salida, insistí y persistí en que era inútil pensar que hubiera de faltar á mi deber.

La joven no se dió por lastimada, y antes bien, rompiendo la valla de las conveniencias, juró no ser de hombre alguno que yo no fuese.

Desde entonces se entabló entre ella y yo una lucha formidable.

Yo me consagré á dar vida, alimento y forma á la pasión de mi amigo: ella á inutilizar mis esfuerzos.

Pero Bernardo de Carvajal la amaba y con mi ayuda casi llegué á vencer á mi hermosa antagonista, pues mi amigo anunció su boda y todo lo dispuso para celebrarla con los mayores fausto y pompa.

Mas ¿quién puede imaginarse de lo que es capaz una

mujer para triunfar y sobreponer á todo su capricho?

Mi amigo es hidalgo y noble y descende de las familias de más limpia sangre.

¿Cuál no sería el atroz golpe que recibió al tener conocimiento de la información levantada, á petición de la misma joven, que en el curso del juicio demostró ser hija de los más abyectos gitanos que encontrarse pueden?

Mi pobre amigo casi estuvo á la muerte, y Dios, que no los médicos, le devolvió á la vida por un milagro que á todos nos admiró.

La joven Isabel permaneció allí sola, tranquila y serena en medio de la tormenta por ella sola provocada.

El Tribunal de la Fè se vió precisado á conocer de ciertos hechos sobre los cuales se basaba la información, y caro hubiese costado á la mal aconsejada joven su propósito, si la mejoría de Bernardo de Carvajal no le hubiese permitido intervenir en el asunto tan oportuna y eficazmente que al fin logró salvarla de ir á dar á las cárceles del Santo Oficio.

Nada agradeció Isabel á mi pobre amigo, que al fin, cegado por su ira y por su resentimiento, haciendo á un lado los medios suaves y cariñosos, tornóse áspero y exigente con ella y obtuvo por la violencia lo que habíasele negado á su casi idolátrico amor.

Siento y grandemente me aflige ofender la castidad de vuestros oídos con el relato de esta repugnante historia, pero vos misma me habéis obligado á ello, suponiendo en mí un interés que no tengo por que tener por esa joven, que, creedlo, Catalina, no merece la simpatía con que la veis, ni es digna de hospedarse en vuestra casa.

¿Cómo ha hecho la fatalidad que viniese á dar á ella y á vuestro lado?

Sólo me lo explico haciendo memoria de las intrigas que en juego puso para no verse en la precisión de admitir el favor que Bernardo de Carvajal quiso dispensarle, haciéndola su esposa, favor y honra que esa mujer no merecía.

Criatura tan hermosa como pérfida, ni aun después de haber sido deshonrada por mi amigo, creyó imposible que yo le otorgase mi correspondencia, y, ya lo veis; no fué obstáculo para ella mi viaje á estos reinos, pues á ellos me ha seguido y al santuario mismo en que vos residís ha logrado llegar, sin más objeto sin duda que el de entorpecer mi dicha, que para mí no hay otra como la de amaros y merecer algún día ser amado por vos.

Jerónimo Ruiz dejó de hablar.

Catalina permaneció muda todavía y sus ojos magníficamente hermosos no dejaron de pesar sobre su interlocutor con miradas de sorpresa, de disgusto y de desdén.

Jerónimo las notó y no sin alarma preguntó:

—¿Estáis disgustada conmigo? Sin duda he hecho mal en referiros una historia que quizás quisierais haber ignorado.

¿No es así?

—Si lo es,—contestó con extraña severidad la joven Catalina;—me habéis disgustado más de lo que podéis creer.

—Espero, no obstante, que, gracias á mi buena intención, perdonaréis.....

—No, jamás os lo perdonaré,—contestó Catalina interrumpiéndole.

Jamás os lo perdonaré, porque rústica, casi salvaje

como soy, no habéis logrado convencerme de que esa historia sea cierta.

—¡Catalina!—gritó Jerónimo Ruiz con violenta explosión de cólera.

—¡A mí! ¡Pedro Fáñez!—gritó á su vez la joven haciéndose unos pasos atrás al notar que Jerónimo avanzaba sobre ella.

Pedro Fáñez apareció como brotado de la tierra.

Su arrugado entrecejo, su temblor nervioso, demostraban que había escuchado al menos la última parte de aquella larga plática y que el grito de Jerónimo Ruiz habíale también alarmado.

—¡Aquí estoy!—dijo;—ya venía yo á deciros que la noche se nos echa encima con demasiada presteza, y que estos sitios son tan peligrosos para la gente honrada como propicios para los bribones y malhechores.

Con que, si os parece, retirémonos, que allá abajo esperan los caballos con tan grande impaciencia que sólo parece que presienten algún peligro.

—¡Mil diablos!—esclamó Ruiz al notar que Catalina se alarmaba,—¿Por qué asustáis á vuestra ama?

—¡Mil rayos!—exclamó á su vez Pedro Fáñez,—¿sé yo acaso quién ó quiénes está ó están ocultos entre los matorrales que caen para ese lado de esta azotea?

—¡Dios mío!—exclamó también á su turno Catalina.

—¡Ea! hablad claro, Pedro Fáñez; ¿existe realmente algún peligro?

—Repito que no lo sé.

—¿Entonces qué significan vuestras palabras?

—Significan que alguien está escondido por ahí.

—Pues entonces; ¡vive Cristo! busquemos á ese al-
guien.

—Primero, y antes que otra cosa suceda, bajemos de
esta azotea y tomemos los caballos y pongamos en salvo
á la señora.

—Sí, Pedro Fáñez,—replicó cada vez más asustada Ca-
talina,—bajemos de aquí y tomemos los caballos;—y
como si no supiese lo que hacía la joven dió la mano á
Pedro Fáñez y comenzó á bajar seguida por Jerónimo
Ruiz, que casi no se dió cuenta de la preferencia que
Catalina dió á su criado sobre su prometido.

Sin embargo, por grande que fuese, y en efecto lo era,
su preocupación, Jerónimo Ruiz no quiso que tan fria-
mente terminase aquella explicación por él solicitada, y
conteniéndose y procurando ocultar su sorda cólera, de-
teniendo á Catalina mientras Pedro Fáñez desataba de
un árbol las riendas del *Rubi*, dijole:

—Perdonadme, Catalina, el impulso de enojo que há
poco me enloqueció.

Dudasteis de mí, que veo en vos un destello de la Di-
vinidad, ante la cual nadie osaría mentir sin riesgo de ser
descubierto.

¡Catalina, por piedad! no partamos de aquí sin que vos
me hayáis perdonado, sin que yo pueda esperar que al-
gún día me améis.

—Amigo mío, siento no poder contestaros como que-
réis.

Me encuentro tan dolorosamente impresionada que
me falta el reposo necesario para ello.

Dejadme reflexionar en lo que referido me habéis, y
sobre todo dad tiempo al tiempo, dejadme que pase sin
hacerle violencia.

—¡Ah! exclamó Jerónimo,—¡vos no me amaréis
jamás!

—Todo puede ser,—contestó con firmeza la joven.

—¡Oh! ¡desgraciado de mí! ¡vuestra frialdad me mata,
porque no dejaré jamás de amaros!

—¡Calma, amigo mío, calma!—repitió Catalina siem-
pre con la misma frialdad.

Vuestra historia me ha demostrado que no basta á
nadie amar para ser amado.

La infeliz Isabel todo lo sacrificó por vos, sin alcanzar
conmoveros: quién sabe si Dios quiere por idénticos me-
dios castigaros.

—¡Partamos!—dijo impaciente Pedro Fáñez, hincan-
do en tierra una rodilla y doblando la otra para servirle
de escalón á la joven y facilitarle la subida al caballo.

Catalina obedeció aquella indicación y notando que
Jerónimo permanecía inmóvil.

—¿No nos acompañáis?—preguntó.

Jerónimo Ruiz se sintió poseído de nuevo por la cóle-
ra y respondió:

—Permitidme que os deje volver á vuestro casa acom-
pañada tan sólo por Pedro Fáñez.

Parece que hay en estos sitios quien como bandido se
oculta y recata.

Permitidme registrarlos y averiguar si es ó no es así.

—¡Partamos!—dijo Pedro Fáñez una vez más.

Catalina obedeció incontinenti y partió á toda la vio-
lencia del galope de su magnífico corcel, seguida por Pe-
dro Fáñez que hostigaba furiosamente el suyo para no
quedar muy distante del de su ama.

Mañana

JERÓNIMO Ruiz los vió partir con tal ira y despecho, que, trastornado su juicio, llevó violentamente su mano al cinturón, buscando uno de sus pistoletas ó pedreñales.

Por fortuna no los llevaba consigo, y su mano tropezó únicamente con su daga, arma enteramente inútil en aquella circunstancia, por cuya razón, sacándola de la vaina, con rabia la arrojó lejos de sí.

La daga fue á caer en el lago que á unos veinte pasos de las encinas reflejaba en su líquido espejo la cada vez más mortecina claridad de un admirable crepúsculo.

Después, Jerónimo Ruiz, abandonando su caballo, dió á la ventura algunos pasos, que poco á poco fué haciendo más rápidos; mas de pronto, súbitamente, se detuvo como si un rayo hubiérale inmovilizado.

.....

Ante sus ojos caía en pabellones de verdor y de flores la cortina natural de lianas y enredaderas que llenaba el hueco de la derrumbada pared de la antigua estancia del palacio tezcocano, en la cual habíanse acogido Isabel de Rioja y Juan Ponce de León.

—No, amigo mío,—decía Isabel, con alterada voz;— ¡no procuréis darme consuelo, porque ninguno hay para mí!

¡Lo he oído y no puedo convencerme de ello!

¡Dios de bondad! ¿cómo pude amar algún día á ese miserable?

¡Por piedad, amigo mío! retiraos, dejadme morir aquí; ¡padezco! ¡ay! ¡no podéis imaginaros cuán horriblemente padezco!

¡Oh! ¡sí, necesariamente! ¡mi muerte no se hará esperar!

¡Bien venga ella! ¡yo la bendigo! ¡retiraos Juan, dejadme morir!

Jerónimo Ruiz conoció bien pronto aquella voz, y tomando en el acto su resolución, avanzó unos pasos más, apartó con sus manos la verde cortina de enredaderas, y penetró en la antigua y ruinoso estancia.

Al verle, tanto Isabel como Juan lanzaron una exclamación, difícil, para nosotros, de traducir.

—¡Vos aquí, Jerónimo!—dijo la joven.

—Sí, yo mismo,—replicó Jerónimo;— yo, que adivinaba vuestra presencia en estos lugares, y que á vos vengo á demandaros perdón de los crímenes que contra vos he cometido, y á ayudar á este joven que aquí veo y en el cual, creo no engañarme, me parece reconocer á un Ponce de León : ¿es cierto?

—Si lo es,—contestó Juan con fiereza;—soy, en efecto, uno de esos salvajes Ponce, de los cuales hablasteis no há mucho á la señorita de Cardona.

—¡Ah!—exclamó Jerónimo Ruiz, sin inmutarse;—¿habéis sido testigo de mi entrevista con la hija de la condesa?

—Por ahí,—replicó Isabel, mostrando á Jerónimo Ruiz la ventana que ya conocen nuestros lectores.

—¡Y bien, Dios lo ha querido, no lo siento!—dijo Jerónimo con asombrosa tranquilidad;—puesto que todo lo oísteis nada tengo que repetiros de cuanto con Catalina hablé: conocéis mi último delito y no dudo que me perdonaréis en cuanto os diga que vengo á vosotros á proponeros una alianza ofensiva y defensiva.

¿Soy un bribón! es cierto; así al menos lo parece: pero cuando me hayáis oído quizás penséis de distinto modo.

Todos mis delitos proceden de una sola y única causa, que vos, Isabel, conocéis hace tiempo.

Estoy completamente arruinado.

Tenaz y maldecida pasión por el juego es mi mayor defecto y el origen de mi ruina.

Mi juventud, mi clase, mi entusiasmo por el fausto y el brillo de la córte, hicieron que no pudiese yo avenirme con mi pobreza, y para salir de ella, todo, absolutamente todo lo intenté.

Hé aquí el origen de mi venida á la Nueva España.

La condesa de Peralta me llamó á estas tierras, brindándome con la mano de su hija, es decir, haciéndome dueño de su colosal fortuna.

La tentación fué grande, y á su grandeza sucumbí, y por ella me dejé vencer.

Por eso os abandoné, Isabel.

Pero ya lo veis: en mi delito he hallado mi castigo.

Catalina no me ama: Catalina me odia.

La condesa no consentirá jamás, así me lo ha dicho, que su hija dé su mano á un hombre al cual no ame.

Necesario me es, pues, desistir.

Pero si vosotros queréis ayudarme, si vosotros, los Ponce, injustamente despojados de los bienes que contra toda ley y razón disfrutan los Cardona y Peralta, queréis conmigo aliaros...

—¡Nunca!—replicó Juan Ponce con el rostro inflamado por la más noble y generosa indignación;—lo que me proponéis es una infamia que sólo pueden cometer los miserables como vos!

Jerónimo Ruiz maldijo de sí mismo al verse insultar de aquel modo, y de su ciega cólera que poco antes le había hecho arrojar lejos de sí el arma que entonces hubiese querido tener á mano para hundirla en el corazón del osado joven Ponce.

Pero antes de que otra cosa hubiese podido hacer para desfogar su enojo, antes que el incidente tomara mayores proporciones, la joven Isabel se adelantó hasta venir á ponerse entre los dos rivales, y á Jerónimo Ruiz se dirigió con las siguientes expresiones:

—Teneos, Jerónimo Ruiz: no asiste derecho de darse por ofendido, á quien como vos tan indignamente ha calumniado á una tan desventurada mujer como yo, que tengo para con vos el único delito de haberos amado tan apasionadamente como si de mi amor hubierais sido digno.

Callad, Jerónimo Ruiz; callad como yo he callado mientras en contra mía inventabais la injuriosa historia de mis relaciones con vos y Bernardo de Caryajal.

No voy á defenderme de vuestras falsas y absurdas imputaciones.

Tan absurdas, sí, que la misma Catalina no ha querido creerlas, y al rostro os ha arrojado instintivamente la acusación de embustero y calumniador.

Y no obstante, en el fondo decíais la verdad.

Decíais la verdad, sí; la decíais, porque el fondo de ese cuento se redujo á probar que yo os amé con demencia, con frenesí, sin embargo de que vos no me correspondíais.

Pero mentisteis al afirmar que así francamente me lo dijisteis.

Mentisteis, sí, Jerónimo Ruiz.

No fuí yo quien solicité vuestro amor.

Fuisteis vos quien me buscó, quien arrastrándose á mis piés fingisteis una pasión loca, arrebatadora, invencible, indomable, y tan bien la fingisteis que yo cedí á vuestra traidora habilidad, y os amé, Jerónimo, como en mi candor creí que vos me amabais.

Y un día llegó en que pude convencerme de vuestra falsedad, y tanto os amaba, y tan ciega estaba, que cerrando mi razón á la luz no quise creer á mis ojos, y continué amándoos como en los días de nuestra primera felicidad.

¿Y sabéis por qué?

Voy á deciroslo:

Porque esta mujer que pintasteis á Catalina como una mujer sin pudor ni dignidad, se sintió capaz de todo, hasta de amaros sin ser amada por vos, con tal de no sacrificar á su orgullo y femenino vanidad la vida de un sér que en su seno se agita y mueve, y pide á su padre que no le deje huérfano y sin nombre.

—¡Justo cielo!—exclamaron á la vez Jerónimo Ruiz y Juan Ponce, sorprendidos por aquella revelación.

—Sí, Jerónimo Ruiz; para mayor desventura soy la madre de tu hijo.

Jerónimo Ruiz sonrió diabólicamente, y atreviéndose á avanzar llegó á tomar de una mano á Isabel, diciéndole:

—¡Oh! entonces, si eso es cierto, en vano querrás apartarte; eres mía, yo lo quiero, yo lo exijo.

Isabel sacudió con fuerza su brazo, obligando á Jerónimo Ruiz á retroceder.

—¡Aparta!—le dijo;—Dios lo quiere de otro modo.

Las violentas emociones de este día espantoso, el exceso de mal reprimido padecer, causarán, y no muy tarde, mi muerte.

Aquí, aquí, en mi seno la llevo.

¡Mis entrañas se destrozan de dolor!

Voy á morir, sí; pero la muerte es piadosa conmigo y suspendiendo está su último golpe para dejarme decirte que hasta hoy, hasta este momento tal vez, te amaba todavía, aun sin darme de ello cuenta; pero que desde este instante te odio, te aborrezco, te maldigo.

Mi odio, mi aborrecimiento, mi maldición, crecerán, crecerán y crecerán hasta el instante supremo, último de mi vida; cuyo instante aprovecharé para perdonarte, no porque tú puedas merecer nunca mi perdón, sino porque así lo impone Dios á aquellos que como yo necesitan ser perdonados por su infinita misericordia.

Pero mientras ese instante llega, óyeme, Jerónimo Ruiz, que por última vez te hablo.

Si así no fuese, si Dios permitiera que mi vida se prolongase hasta haber purgado en la tierra las faltas que

en ella he cometido; no por eso habré muerto menos para tí, porque jamás volveremos á vernos.

Vine en tu busca, sí; vine en tu seguimiento, impulsada por el último resto de pudor que me dejaste.

Porque no te creía tan pérfido como en efecto lo eres.

Pero hoy que de tu perfidia me he convencido, ceso de buscarte, y resignada, alegre, me alejo de tí.

Te devuelvo tu libertad, nada tienes que temer de mí.

La repugnancia que por tí siento ha muerto, y bien muerto, el amor en mi corazón.

Nadie eres ya para mí.

Vergüenza me daría poner tu nombre al hijo que vive en mí, y preferiría verle muerto á darle tu apellido, que sólo puede llevar un cobarde y un impostor como tú.

Si vivo no trates de volver á verme.

Para nada necesito de tí.

Eres libre: no quiero hacer valer, ni ante Dios ni ante los hombres, los juramentos que me hiciste de convertirme algún día en tu esposa, porque me avergonzaría de serlo.

Y ahora, Jerónimo Ruiz, sal de aquí; y á fin de que pueda perdonarte, líbrame de tu presencia y déjame morir en paz.

La desventurada joven no pudo continuar hablando.

Sus fuerzas estaban agotadas.

Hasta entonces su voz había sido el eco de todo su furor, de todo su resentimiento, de todos los desdenes posibles, que se exhalaban de su boca como huye la sangre por los labios de la herida en noble pecho causada por ancho y cortante puñal.

Altiva y desdeñosa como una princesa en el círculo de

sus aduladores; soberbia como una irritada leona; encendidos los ojos; erguida en su cuello la hermosa cabeza; contraídos los labios por efecto del dolor cruel que la desgarraba el seno; no pudo mantener su exaltación, y á la vez que por sus mejillas inflamadas comenzaron á correr las hasta entonces contenidas lágrimas, un grito de dolor horrible se escapó de entre sus apretados dientes, y la dama infeliz cayó sobre sí misma como lienzo abandonado á sus dobles.

—¡Muerta!—exclamó Jerónimo Ruiz, aterrado y queriendo ir hacia ella.

Pero antes que tocarla hubiese podido, Juan Ponce se interpuso entre el seductor y su víctima, y extendiendo su brazo sobre el pecho de aquél, dijole sordamente:

—¡Quieto!

—¡Muerta! —repitió Jerónimo, siempre con igual terror y sin mostrarse irritado por la actitud del joven.

—No, no ha muerto, pero morir podrá si al volver en sí llegase á veros aquí todavía.

Ella lo ha dicho.

Todo ha concluido entre vosotros.

¡Salid! ¡salid de aquí!

—Y vos quién sois para convertiros en ejecutor de sus órdenes?

—Soy lo que vos no sois; un caballero.

—¡Ese insulto!...—exclamó Jerónimo Ruiz, levantando su mano á la altura del rostro de Juan.

Pero antes que hubiérala podido dejar caer, el joven Ponce se la tomó en el aire, y bajándola con puño de hierro replicó:

—Ahora no, Jerónimo Ruiz: necesita un médico y yo lo soy.

Mañana estaré á vuestras órdenes.

Buscadme mañana si queréis.

Ya sabéis dónde; allí, en la guarida de esas fieras salvajes, como llamado habéis á los Ponce de León.

Y como Jerónimo Ruiz pretendiese resistirse á obedecer, Juan Ponce le puso en la frente el cañón de una pistola de aquellas primitivas, de que hemos hablado á nuestros lectores, diciendo á la vez:

—Ya lo veis; estoy armado y vos no lo estáis: no me obliguéis á abusar de mi superioridad y á mataros con ventaja.

Jerónimo se dió por convencido y se retiró, diciendo á su vez:

—¡Con que mañana!

—Mañana, sí; os prometo no haceros esperar.

Un corto rato después se percibió, fuerte al principio y más débil cada vez, el galope de un caballo.

Jerónimo Ruiz habíase marchado de allí.

Capítulo XI

La mano de Dios

ISABEL volvió en sí del breve síncope que habíala acometido y pudo percibir las últimas palabras que Juan pronunció.

—¿Qué es eso, amigo mío,—preguntó,—qué objeto tiene la cita que para mañana os habéis dado?

—No os alarméis, Isabel; no hay motivo para ello, os lo aseguro.

—Sin embargo...

—Repito que no os alarméis: el estado en que os encontráis es grave, muy grave: vos lo sabéis como yo, y por eso no os lo oculto; pero lo que sin duda ignoráis es que mi ciencia médica, á pesar de ser muy humilde, está cierta de poder triunfar de esa gravedad.

—Gracias, muchas gracias, amigo mío, por el consuelo que darne queréis; pero no lograréis engañarme; mi

muerte es segura, la veo venir, la tengo ya dentro de mí.

—Os sostengo que no es así.

Confíad en mí.

Si esa seguridad me faltase, tan egoísta soy en mi desesperación que, os lo juro, no aguardaría á veros morir, porque antes me daría á mí mismo la muerte.

—¡Oh! por piedad no digáis tal, que me obligaréis á ocultaros el horrible dolor que me destroza las entrañas.

—Lo adivino, lo sé como si yo mismo lo padeciese; pero todo podremos evitarlo si haciéndoos tan fuerte como podáis, consentís en dar algunos pasos y dejaros conducir á lugar habitado.

—¡Oh! no, ¡no quiero salir de aquí! ¡dejadme morir aquí! ¡Volver á la casa de la condesa! ¡jamás! ¡jamás!

—No quiero llevaros allí, sino á mi casa, á la casa de los Ponce de León.

—No; en el estado en que me encuentro no puedo, no debo ir á ninguna casa honrada.

—Por compasión, Isabel, haced á un lado todo escúpulo, y seguidme: os lo ruego; necesito salvaros, porque no quiero morir aún.

—¡Morir, morir vos, noble Juan!

—Sí, Isabel; si os negáis á salir de aquí, si negándoos hacéis ineficaz el auxilio que mis estudios pueden prestaros; si lo que me temo sobreviene; si os veo correr un peligro que en este momento no corréis por misericordia de Dios, ya os lo he dicho, Juan Ponce no os verá morir porque antes se matará él: y por si aun lo dudáis, sabedlo, Isabel: ¡lo juro!

Sin duda Juan Ponce debió dar á su juramento muy convincente expresión, porque Isabel ya no puso ningún obstáculo, y levantándose aceptó el apoyo que le ofrecía

el joven y con él salió de la malaventurada estancia del ruinoso palacio tezcocano.

Aun había suficiente luz en el cielo, y á su reflejo vió Juan Ponce el estrago que en unos cuantos momentos había hecho el dolor en el rostro de su infeliz amiga.

—Sufrís mucho ¿es cierto?—preguntó.

—Mucho, sí; pero menos que hace un rato.

—¡Ah! entonces estamos mejor de lo que yo creía ¿os cuesta trabajo andar?

—No mucho: si yo pudiese beber un poco de agua...

—Nada más fácil: escuchad el rumor del agua de un manantial que corre á verterse en el lago.

Unos cuantos pasos más y llegaremos á él; pero si no podéis andar más esperadme aquí, yo iré...

—No, no me dejéis sola: iré yo misma, me siento mejor, mucho mejor.

—Sin duda Dios escucha mi ferviente oración mental, en que le pido que no nos abandone.

—Sí, sois bueno y Dios os escucha, porque cada vez mejoro más y más; y mis dolores desaparecen.

—¡Oh! ¡bendita sea esa Santa Providencia!

Apoyaos, apoyaos bien.

Un paso más.

Vedla, aquí está el agua: ¡bebed! ¡bebed!

Isabel siguió el consejo que se le daba, y al fin se sintió en extremo repuesta.

—¡Gracias, Dios mío! gracias, Juan: me encuentro bien; muy bien casi, ¿queréis dejarme reposar aquí?

—Como queráis: pero si no os sentís muy fatigada,

mejor sería que continuásemos andando: aun está lejos mi casa.

—No, nada temáis: mejoro más á cada instante.

Permitidme gozar algunos momentos de la vista grandiosa que mis ojos contemplan.

¡Qué hermosa naturaleza!

¡Cuán bueno es Dios que estas maravillas ha creado!

¡Cuán bien me siento aquí!

¡Cuánto mejor estoy!

¡Ay! ¿para qué ocultarlo?

¡He tenido miedo, mucho miedo!

Creí que me moría.

Pero no, ya no veo á mi lado la muerte; ya no está aquí: no la siento ya dentro de mí.

¿Será cierto que el peligro ha pasado?

Juan Ponce hizo á la joven con la más extremada delicadeza algunas preguntas que fueron satisfactoriamente contestadas y le hicieron decir:

—Sí, también yo lo creo: el peligro ha pasado ó al menos se ha alejado mucho.

—Es indudable, sí; sin duda se ha pasado porque ya no padezco dolor ninguno, y mi ánimo se ha serenado y... casi me siento alegre.

—¡Oh! ¿no me engañosis!—repuso Juan Ponce, dulcemente emocionado y casi llorando de placer;—no me engañosis, necesito creerlos, necesito que lo que decís sea la verdad!

También yo he tenido mucho miedo.

También yo he visto, como vos habéis visto, que la muerte se acercaba á vos, que estaba á vuestro lado, que de vos iba á apoderarse.

Y temblé también como vos.

Pero al mismo tiempo una luz maravillosamente clara é iluminadora se encendió en mi cerebro y el Dios de la ciencia me dijo: «confía en ti mismo, tú la salvarás.»

Y su promesa se cumple, aunque Él y no yo es quien os salva.

¡Oh! ¡bendita! ¡bendita sea su providencia!

Sí, tranquilicémonos, la vida no ha concluido aún para nosotros.

Todavía puede haber felicidad para nosotros.

Juan sofocó sus sollozos y aproximándose á la joven y tomándola amorosamente una mano entre las suyas, le dijo:

—Isabel, todo lo sé á pesar mío, á pesar vuestro, vuestros secretos no lo son ya para mí.

¡En verdad que sois muy desgraciada!

—¡Oh! ¡sí lo soy!

—También y á mi vez lo soy yo: el dolor aproxima las almas y las hace comprenderse y las obliga á amarse.

No querráis, Isabel, que nosotros seamos una excepción.

¿Queréis que unamos nuestros destinos, nuestra suerte, nuestro porvenir?

Unidos ambos podremos hacer frente á cuanto sobre nosotros pueda venir.

Lo he pensado bien, y por lo tanto sostengo el ofrecimiento que esta misma tarde solemnemente os hice.

Isabel, ¿queréis ser mi esposa?

—¡Dios mío!—exclamó Isabel,—decís que todo lo sabéis, que mi secreto ya no lo es para vos, y sin embargo...

—¡Os amo, sí! ¿no es eso lo que ibais á decirme?

—¡Imposible!

—Os amo!—volvió á decir el joven.

—Soy indigna de vos.

—¡Os amo!—repitió Juan Ponce por tercera vez y con mayor entereza y seguridad que la primera.

¡Os amo!—continuó diciendo,—os amo como en el instante en que os conocí, en que contemplé extasiado vuestra belleza; en que adiviné el tesoro de ternura que abriga vuestro corazón.

Sois orgullosa, Isabel.

Vuestro orgullo os hará olvidar por completo y para siempre al hombre que más indigno de mereceros quiso la fatalidad echar al mundo y en vuestro camino atravesarle.

Esta seguridad me basta.

Y en esa seguridad repito que os amo.

—Imposible,—volvió á decir Isabel, enjugando las lágrimas que asomaban á sus párpados.

¡No puedo aceptar ese amor!

He pecado, y con faltas como las mías el mundo es implacable, y tan implacable como el mundo mi conciencia.

Mas también por eso mismo agradezco mayormente el sacrificio que por mí estáis dispuesto á hacer.

Juan, sois tan noble de corazón como lo sois de raza.

Pero la fatalidad lo ha querido.

Hemos venido á conocernos demasiado tarde.

Hace cinco meses que, aun sin conocernos, el destino nos separó para siempre.

Hace cinco meses que soy madre.

No puedo ser ya vuestra esposa.

No puedo ser ya más que vuestra hermana.

¡Vedme como tal, y teniendo compasión de mí, perdonad mis faltas y no me aborrecáis por ellas!

Hé aquí cuanto podemos y debemos hacer.

De otro modo, amigo mío, por un momento de ceguedad atraeríamos sobre nosotros una nueva é irreparable desgracia, y las burlas y el escarnio del mundo.

—El mundo,—replicó Juan Ponce,—es menos cruel y más piadoso de lo que vos de él decís, por un exceso de delicadeza.

El mundo pensará, si por acaso se digna ocuparse de nosotros, que poseéis méritos bastantes para encadenarme á vos, y que yo os amé lo bastante para romper con injustas preocupaciones.

Yo no veré en ese niño sino que es hijo vuestro, y le amaré porque os amo á vos y debo amar cuanto vos améis.

Por cuanto haya de más sagrado para mí, os juro que jamás saldrá de mis labios ni de mi corazón reproche alguno, y que emplearé mi vida en haceros olvidar con la dicha del presente los padecimientos del pasado.

Una vez más os lo pregunto.

¿Queréis aceptar lo que os propongo?

Isabel tomó entre sus manos la que el joven le tendió como para mejor sostener el pacto, y llenos los ojos de lágrimas de reconocimiento, replicó:

—Juan Ponce, no me acuséis de ingrata é indigna del favor inmenso que me proponéis, y de la cristiana rehabilitación que con vuestro amor me brindáis; pero por lo mismo que también os amo con todo mi corazón, debo rechazar vuestras proposiciones como en efecto y decididamente lo hago.

—Sea,—dijo Juan Ponce con acento de amarguísima

pena,—sea como lo queréis: el tiempo os hará cambiar de parecer: esperaré pacientemente ese cambio, que al fin será favorable á mis deseos.

Hoy por hoy me basta con saber que soy amado por vos.

El crepúsculo acababa de ceder su parte de cielo á la noche, que rápidamente invadió el firmamento con su velo azul bordado de estrellas.

—Partamos ya:—dijo el joven,—todavía nos queda una gran distancia que recorrer hasta llegar á mi casa.

Vamos, Isabel, hermana mía.

—¡Vamos!—repitió la joven.

Pero al querer ponerse en pié, de nuevo acometieron la horribles dolores y dando un espantoso grito semejante al que anteriormente habíale arrancado sus sufrimientos, cayó mortalmente privada en brazos del joven médico.

Felizmente aquel paraje estaba completamente desierto.

Sólo se escuchaba el golpear incesante de las aguas del lago que lamían las orillas.

Después de haber hecho como médico cuanto humanamente le fué posible para salvar al hijo de la desventurada Isabel, y no habiéndolo logrado, pues la criatura nació con evidentes señales de haber muerto dos horas antes en el seno maternal, Ponce sepultó los informes restos en un hoyo que abrió con sus propias manos, y cuando hubo llenado aquel lúgubre deber, con fuerza sobrehumana tomó en brazos el cuerpo de aquella mujer querida, por la cual Juan Ponce había concebido una pasión que jamás debía extinguirse.

Dios había querido que de tal modo desapareciesen los últimos vestigios de un amor culpable y odioso.

Por fin el joven pudo llegar á la casa con su querida carga.

Llamó y Alvar Ponce acudió á abrir.

—¡Justo cielo!—exclamó con espanto,—¡un cadáver más!

—Cadáver no;—replicó Juan:—vive y gracias á mi ciencia, yo lo juro, continuará viviendo.

¡Pero pronto, ayúdame: ya no puedo más!

Alvar tomó en sus brazos el cuerpo de Isabel y un momento después el portón se cerró, encajándose en su macizo marco.